

debe derramar su sangre. «Recibe esta espada en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y sárvete de ella para defenderte, para socorrer á la santa Iglesia y para confundir á los enemigos de Cristo y de la religión,» tal es la frase consagrada en todos los pontificales para la bendición de la espada. Las viudas, los huérfanos, los mercaderes y los peregrinos son puestos bajo la salvaguardia del caballero lo mismo que bajo la protección de la autoridad religiosa. En cuanto á los demás artículos del código: no retroceder ante el enemigo, cumplir exactamente los deberes de vasallaje y soberanía, ser generoso con todos, no mentir y permanecer fiel á la palabra dada, son de origen feudal, no habiendo hecho la Iglesia otra cosa que darles nueva fuerza y sancionarlos con su aprobación.

En el ocaso de la Edad media la adaptación cristiana de la caballería será completa; el carácter material y humano de la institución cederá su puesto al más complicado y artificial simbolismo y se vendrá á parar á esa concepción mística cuyas fórmulas encontramos desde el siglo XIII consignadas en el curioso poemita del *Ordene de chevalerie*. La alegoría triunfa en toda la línea: la espada que se entrega al caballero es de dos filos, «porque con el uno debe herir al rico que oprime al pobre y con el otro al fuerte que persigue al débil;» las espuelas de oro que le calzan «le enseñan que debe ser tan dócil á la espuela de la voluntad divina como su caballo á los golpes de esas espuelas materiales;» las calzas negras ó pardas que se viste están destinadas á «recordarle la tierra de donde procede y adonde ha de volver,» y se le tiende en una cama de respeto porque «el fin de la caballería es conquistar un lecho en el paraíso.» Finalmente, el recipiendario escucha respetuosamente este corto y edificante sermón: «Hay cuatro cosas que durante toda su vida debe observar un caballero si quiere conservar su honor intacto: no tener relaciones amistosas con los traidores; no aconsejar nunca mal á una dama ni á una doncella, sino, por el contrario, tratarlas con gran respeto y defenderlas contra todos; observar piadosamente los ayunos y las abstinencias, y oír misa todos los días y presentar una buena ofrenda á la Iglesia.»

Con estos símbolos y prescripciones devotos, estamos muy lejos de los tiempos de Rolando y de la primera cruzada; los caballeros de aquella época no habrían entendido una palabra de tales refinamientos, pues el pun-donor á que se entregan es todavía más militar que cristiano; lo más importante para ellos es batirse y evitar toda felonía, y aunque se someten á las ceremonias religiosas que acompañan á la investidura, ¿cómo podría demostrarse que el código caballeresco ha sido jamás observado en la práctica? ¿En dónde se encuentra como realidad viviente ese perfecto vasallo, ese cristiano perfecto, defensor del huérfano y de la viuda, servidor fiel de Dios y de sus sacerdotes? ¿Debemos ver en la caballería una verdadera institución ó una concepción teórica, ideal religioso para el clero, ideal poético para los autores de las canciones de gesta y de los novelistas de la Edad media? Era muy difícil entonces cambiar el temperamento del hombre de guerra y someterlo á una disciplina molesta para sus instintos. Dejemos á la Iglesia el mérito y el honor de su tentativa; pero en realidad, todo lo que ha podido hacer ha sido cambiar de

sitio, por medio de la cruzada, el teatro de la turbulencia de los nobles y de sus malas pasiones. Arrojan-do á esos incorregibles á tierras lejanas, de donde la mayoría de ellos no debía volver, y haciendo el vacío en los castillos, sólo por una temporada pacificó la Iglesia á Francia.

CAPÍTULO V

LOS CUATRO PRIMEROS CAPETOS (1)

I. Hugo Capeto.—II. Roberto *el Piadoso*.—III. Enrique I. IV. Felipe I.—V. La monarquía del siglo XI

I.—Hugo Capeto (2)

¿Qué lugar queda para el rey entre el feudalismo y la Iglesia que se han repartido la tierra y el gobierno de los hombres? En las páginas precedentes hemos hablado incidentalmente del rey, pero para hacer constar sobre todo su impotencia. Basta pasar la vista por un mapa de la Francia del siglo XI: el pequeño territorio que constituye el patrimonio de la monarquía nos da la medida de su decadencia, siendo lo más asombroso que la monarquía persista en vivir y que una dinastía nueva haya podido reanudar y hacer durar por espacio de siglos el poder que escapaba á los Carlovingios.

El fundador de esta dinastía, Hugo Capeto, era el primogénito del «Duque de Francos,» Hugo *el Grande*, quien había ora combatido, ora protegido á Luis *de Ultramar*, trabajando por suplantarle en la Francia del Norte, lo propio que en la Aquitania y en Borgoña, sin poder ó sin atreverse á desposeerlo del todo. En 956, Hugo Capeto sucedía á su padre en los con-dados de París, de Senlis, de Orleans y de Dreux, en la dignidad de abad laico de San Martín de Tours y de San Germán de los Prados, y en esa especie de virreinato anejo al ducado de Francia. También heredó su política astuta y sus costumbres equívocas, siendo sucesivamente adversario y amigo de la dinastía carlovingia, pero saliendo siempre ganancioso en el desempeño de uno ú otro papel. Poco á poco obliga al rey Lotario á encerrarse en Laón y marcha á Roma (981) para aliarse contra él con el emperador de Alemania Otón II. Poco después cambia por completo de conducta, y reconciliado con la familia real, abraza públicamente á Lotario como el más sumiso y fiel de sus vasallos. ¿Aspiraba secretamente á la corona el enigmático personaje? No cabe afirmarlo, puesto que en 979 no hace nada para impedir que sea asociado al trono el joven Luis, príncipe real, y que á la muerte de Lotario, en 986, no se opone en modo alguno á la coronación del últi-

(1) FUENTES.—*Historiens de France*, tomos X, XI y XII. OBRA DE CONSULTA.—Luchaire, *Histoire des institutions monarchiques de la France sous les premiers Capétiens*, segunda edición, 1890.

(2) «Cappatus,» el que posee la capa de San Martín de Tours. OBRAS DE CONSULTA.—Lot, *Les Dernies Carolingiens*, 1890. G. Monod, *Etudes sur l'histoire de Hugue Capet*, en la «Revue historique,» tomo XXVIII, 1885. Wilmans, *Jahrbücher des deutschen Reichs unter Otto III*, 1840. Moltmann, *Theophano, die Gemahlin Ottos II, in ihrer bedeutung für die Politik Ottos I und Ottos II*, 1878. J. Havet, Introducción á la edición de las *Letras de Gerbert*, 1889.

mo Carlovingio. Es más, cuando Luis V marchó sobre Reims resuelto á castigar al arzobispo Adalberón por sus complacencias con Alemania, figura en el ejército del rey para cumplir su deber de feudatario.

Hacia algunos años, sin embargo, Hugo había entablado inteligencias con el prelado de Reims y con su secretario Gerberto. Estos dos intrigantes, que le prometían el apoyo del primer obispado de Francia y, en caso necesario, el concurso de la potestad imperial, veían claramente que la fuerza y el favor popular se apartaban del Carlovingio para aproximarse al duque, á quien pertenecía la realidad del poder. La Iglesia les siguió gustosa, pues al devoto Capeto agradábale enriquecer al clero y á los monjes y además había tomado una parte activa en la reforma de los conventos, favorecido los esfuerzos de los abades de Cluni, impuesto una regla más severa á los religiosos de San Magloire, de San Germán de los Prados y de San Dionisio. Aquel cristiano modelo no temía las fatigas de una peregrinación á la tumba de San Maieul (en Souvigni), y un día se le vió á pie descalzo llevar en hombros la caja de plata de San Valeri.

Con tales apoyos Hugo Capeto habría podido probar fortuna y reemplazar al Carlovingio por medio de un golpe de Estado. Luis V, abandonado de sus vasallos, en lucha con el arzobispo Adalberón y sospechoso á los Otones á causa de sus pretensiones sobre la Lorena, no habría podido resistir mucho tiempo; pero el duque de los Francos tenía tal vez algunos escrúpulos, aparte de que este político trapacero, contemporizador, enemigo de las decisiones claras, no estaba acostumbrado á los actos de energía y no conocía más que los medios pequeños y las astucias mezquinas, hasta el punto de disfrazarse de palafrenero á su regreso de Italia para viajar sin temor y despistar á los amigos de Lotario. Alianzas firmadas un día y rotas al siguiente, movilidad extraordinaria de sentimientos, contradicciones, desistimientos, he aquí lo que hace difícil de definir y de seguir la conducta de Hugo en sus relaciones con los Carlovingios, no habiendo sido mayores la firmeza y la consistencia política de príncipes y prelados mezclados como él en las inextricables luchas de aquel período. Para incidir al duque de los Francos necesítose un acontecimiento que no se podía prever, la muerte repentina de Luis V sin dejar heredero directo (987).

A la aristocracia feudal ofrecíasele una ocasión inesperada de llevar hasta el último extremo su victoria y la lógica de las ideas que representaba; para ello no tenía que hacer otra cosa que dejar caer á la realeza, que ya por sí sola se hundía. Pero en vez de esto, apresuróse á reanimarla, y en aquel momento decisivo nadie entre los barones y los obispos quiso, ni siquiera pensó en dejar el trono vacante ó simplemente en aplazar el nombramiento de un nuevo rey. La existencia de un soberano pareció á todos una necesidad social.

Hugo Capeto tenía un competidor, el tío de Luis XV, Carlos, duque de la Baja Lorena, para descartar al cual el arzobispo Adalberón apresuróse á reunir á los magnates en Senlis. Y aquellos ilustres varones estaban tan lejos de querer suprimir la monarquía, que se negaron hasta á debilitarla. Habrían podido elegir al menos poderoso de los dos candidatos, á Carlos, que no reunía

más ventaja que la de ser Carlovingio; pero el arzobispo de Reims les excitó á que optaran por Hugo Capeto: «No ignoramos, dijo, que Carlos tiene partidarios, los cuales pretenden que el trono le corresponde por derecho de nacimiento. Si se plantea así la cuestión, responderemos que el trono no se adquiere por derecho hereditario, y que á él sólo debe elevarse á quien se distingue, no sólo por la nobleza corporal, sino además por la sabiduría que tiene su natural apoyo en su lealtad, en su fuerza y en su magnanimidad. Los anales de la historia nos ofrecen ejemplos de emperadores de ilustre prosapia excluidos por causa de indignidad y reemplazados por titulares de más humilde origen. Ahora bien: ¿qué dignidad conferiremos á Carlos de Lorena? Es un hombre sin honor, sin fe, sin carácter, que no se ha aver-



Sello imperial de Otón II

gonzado de hacerse servidor de un rey extranjero y de tomar por esposa á una muchacha salida de la clase de los vasallos. ¿Cómo el duque (de los Francos) podría tolerar que una mujer de la ínfima clase de sus vasallos sea su reina y le domine? Si reflexionáis atentamente sobre ello, veréis que Carlos ha preparado él mismo su decadencia; nadie le ha arrojado de su rango, sino que ha caído de él por su propia culpa. Realizad, pues, una elección que asegure la felicidad del Estado en vez de ser causa de su ruina. Si queréis que la patria sea desgraciada, nombrad á Carlos; si deseáis verla próspera, coronad al glorioso duque de los Francos, Hugo.»

Hugo fué proclamado rey en Noyón en 1.º de junio de 987, y consagrado en Reims el 3 de julio por Adalberón, á quien en primer término debía su elevación al trono. «Yo, Hugo, que dentro de un instante seré rey de los Francos por el favor divino, el día de mi consagración, en presencia de Dios y de sus santos, prometo conservar á cada uno de vosotros el privilegio canónico, la ley y la justicia que le son debidos, y defenderos cuanto pueda, con la ayuda del Señor, como es justo que proceda un rey en su reino respecto de cada obispo y de la iglesia que le está confiada. Prometo asimismo hacer justicia, según sus derechos, al pueblo que nos ha sido encomendado.» Tal es el juramento real que una tradición atribuye á Hugo Capeto y que todos sus sucesores hubieron de reproducir. En él casi no se consignan más que los deberes del monarca para con el clero: la dinastía capeta debía efectivamente mucho á la Iglesia, y la monarquía que el arzobispo de Reims instalaba en

el trono de los Carolingios era una monarquía semi-eclésiástica.

La explicación del advenimiento de los Capetos es muy sencilla: desde que la realeza se debilitaba, convertíase de hecho en electiva, y á medida que desaparecía el orden público, adquiría toda su fuerza el régimen del lazo personal, de la «fidelidad» que ligaba á varios hombres á un solo individuo. Hugo Capeto era el jefe de un grupo considerable de «fieles», y desde el momento en que la muerte de Luis V daba lugar á una elección, era natural que el duque de los Francos explotara en provecho propio la extinción de la familia carolingia; no personificaba en mayor grado que los Carolingios la



Sello de la villa de Noyón

idea francesa y nacional; pero representaba, por lo menos implícitamente, la idea «feudal», puesto que era un barón ilustre, heredero de una casa que se había fundado y acrecentado merced á concesiones ó usurpaciones de beneficios reales. Es posible que, de haber vivido el último Carolingio, no se habría decidido jamás á emplear la violencia para arrojarlo del trono y substituirle; pero había ciertamente pensado en la hipótesis (realizada ya dos veces en el período precedente) de una substitución de su familia

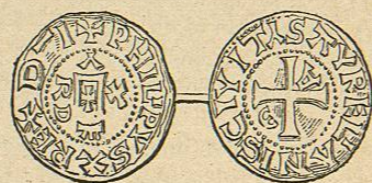
á la familia de Carlomagno. Durante toda la segunda mitad del siglo X, los descendientes de Roberto *el Fuerte* habían tratado por todos los medios posibles de acercarse á la meta suprema de toda ambición humana, desposeyendo sistemáticamente á los Carolingios de su poder real sobre la Francia del Norte, la Borgoña y hasta el Mediodía aquitano. Estaba, pues, previsto el advenimiento al trono del poderoso señor que desde hacía tanto tiempo trataba de igual á igual al soberano: fortuna tan grande no sorprendió á nadie y menos que á cualquier otro al que de ella se beneficiaba y que, por otra parte, había asegurado el apoyo de Normandía y el del emperador alemán Otón II.

En el momento en que Hugo Capeto fué nombrado rey, había disminuído considerablemente el patrimonio de su familia; había pasado aquel tiempo en que se veía á Hugo *el Grande* llevar al rey Lotario al través de su país de Neustria, haciéndole visitar triunfalmente sus ciudades de París y de Orleans, Chartres, Tours y Blois. En 987 la situación había variado, habiéndose operado en los dominios de los duques de los Francos una transformación análoga á la que hiciera independientes de la monarquía á los altos feudatarios. La autoridad que el rey había perdido sobre su vasallo de París perdíala éste á su vez sobre sus propios vasallos; las grandes familias de la región del Sena y del Loira, en particular los condes de Anjou y de Blois, no querían ya depender más que de la corona, y por otra parte, ¿cómo habrían los duques luchado con éxito contra los Carolingios si no hubiesen multiplicado las concesiones de tierras á sus fieles? La única manera de proporcionarse soldados y apoyos en aquel tiempo era distribuir beneficios, y siguiendo esta norma Hugo Capeto siguió debilitándose, aun después de su elección, por la necesidad que tenía

de consolidar su victoria y de reducir á los últimos representantes de la dinastía caída: en realidad, de los vastos dominios territoriales que en otro tiempo constituyeran la fortuna de su casa, sólo le quedaban algunos restos.

Afortunadamente su elevación al trono no provocó entre los magnates más que una oposición insignificante. Alberto, conde de Vermandois, había intentado protestar, pero una simple amenaza de guerra obligó á permanecer quieto. Seguin, arzobispo de Sens, no había concurrido á la elección ni á la consagración; pero se le intimó para que acudiese á prestar juramento y á desempeñar cerca del nuevo rey sus funciones de consejero. Algunos vasallos del Langüedoc se declararon en favor de Carlos de Lorena, mas en el resto de la nación fué aceptada sin murmurar la decadencia de los Carolingios. Una carta de la abadía de Serrateix, en el Rosellón, estaba fechada en el reinado de Hugo un mes después de la coronación de éste, quien, apenas instalado en el trono, prometió al conde de Barcelona, Borrell, auxiliarle contra los sarracenos de España, y si bien la promesa no fué cumplida, no por esto el conde barcelonés dejó de hacer reconocer al Capeto en todos los condados de su jurisdicción feudal. Los principales señores de Aquitania y el mismo duque Guillermo de Fierabrás (1) se apresuraron á solicitar de Hugo la sanción de los privilegios que otorgaban á sus abadías. Intervino asimismo como soberano en los asuntos de las más célebres iglesias del Poitou, de la Saintonge, del Limousin y del Angoumois, y su dominación teórica se extendía al Este, en la Borgoña, por lo menos hasta las tierras de la Iglesia y aun mucho más allá del Ródano, puesto que en cierta ocasión suplicó al Papa que fuera á conferenciar con él en Grenoble.

Al igual que los Carolingios, creíase Hugo rey de toda Francia, y siguiendo el ejemplo de aquéllos, pero no con mejor éxito, esforzóse por recuperar las partes del país que se aislaban en la independencia, apareciendo, desde los comienzos de la dinastía, entre los recursos limitados del príncipe y sus pretensiones á gobernar el reino entero, aquella singular desproporción que no ce-



Moneda de Orleans

sará hasta el siglo XII. El nuevo rey no pudo impedir, como no habían podido impedirlo los descendientes de Carlomagno, el afianzamiento de los Estados señoriales hereditarios que habían ido surgiendo en toda Francia;

(1) Es preciso relegar la resistencia del duque Guillermo de Fierabrás entre las leyendas que desnaturalizan la historia de aquella época. Ademar de Chabannes, cuando afirma que Hugo Capeto se vió obligado á sitiar á Poitiers y á presentar batalla á su vasallo, reproduce inadvertidamente un episodio de la vida de Hugo *el Grande* atribuyendo al hijo el acto del padre. En cuanto al famoso diálogo de Hugo Capeto con Adalberto de Perigord: «¿Quién te ha hecho conde?—¿Quién te ha hecho rey?» mencionado por el interpolador de Ademar de Chabannes, no es sino el eco de una tradición feudal no recogida hasta fines del siglo XIII.

la revolución de 987 no hizo otra cosa que cambiar la dinastía.

Hugo Capeto, que tan fácilmente se había apoderado del trono y que había sido tan pronto reconocido por los barones y prelados, comprendió, á pesar de ello, que su potestad real necesitaba ser afirmada; su obra debía ser frágil mientras Carlos de Lorena no abdicara de sus pretensiones. Para asegurarse el porvenir, el rey asoció á su hijo Roberto á la corona, apenas transcurridos tres meses de su elección (25 de diciembre de 987), acto de política prudente que imitarán sus sucesores; el descontento que con tal motivo manifestaron los magnates y el mismo arzobispo de Reims le demostró que había obrado bien. En cuanto al pretendiente Carlos, habíase apresurado á apoderarse de Laón, la ciudad carolingia que se alzaba sobre una montaña aislada y era verdaderamente inexpugnable (988).

988 Al año siguiente ocurrió el fallecimiento de Adalberón, golpe funesto para la nueva dinastía, y Hugo corrió inmediatamente á Reims para hacerse dueño de la primera iglesia de Francia. Desgraciadamente creyó dar una prueba de habilidad descartando á Roberto para dar el báculo á un carolingio intrigante y bribón, Arnoul, el cual, en vez de entregar al rey, como se esperaba, á los últimos partidarios de la dinastía destronada, empleó todo su poder en intentar una restauración. Carlos de Lorena entró en Reims, y con ello en realidad perdió Hugo todo el terreno que había ganado.

La lucha que se entabló entre ambos rivales no hizo honor al Capeto: en 988 intenta éste dos veces sin éxito apoderarse de Laón, y el enemigo realiza una salida, le sorprende á la hora de la comida y prende fuego á

su campamento. En 990 vuelve Hugo con más numeroso ejército, saquea é incendia los campos del Laonesado, del Vermandois y del Remois; pero en el momento de librar batalla, á pesar de ser sus fuerzas muy superiores, vacila, parlamenta con sus consejeros y emprende lastimosamente la retirada. En vano compra á muy alto precio (mediante la cesión de Dreux) el concurso de uno de sus vasallos, Eudo I, conde de Blois, pues Carlos de Lorena permanece en Laón. Para desembarazarse del otro Carolingio, el arzobispo Arnoul, entabla Hugo negociaciones con la emperatriz Teofano y el papa Juan XV; pero la diplomacia no le da mejores resultados que las armas. La situación hacíase peligrosa para el Capeto, tanto más cuanto que Carlos, en sus relaciones con Gerberto y con Roma, mostrábase mucho más hábil y, sobre todo, mucho más enérgico. Para vencerlo hubo necesidad de recurrir á la traición, siendo el traidor un amigo del Carolingio, el obispo de Laón, Adalberón ó Ascelín.

«Una noche, mientras todos dormían en el palacio habitado por el duque de Lorena, Ascelín cogió de la cabecera de las camas de Carlos y de Arnoul las espadas y las ocultó, hecho lo cual llamó al ujier, que ignoraba su estratagema, ordenándole que fuera á buscar corriendo á alguno de los suyos. El ujier salió y Ascelín se situó en el centro de la puerta llevando la espada oculta entre sus vestiduras. Muy pronto, ayudado por los cómplices de sus crímenes, hizo entrar á toda su gente: Carlos y Arnoul dormían con el pesado sueño de la mañana, y cuando al despertar ven á sus enemigos agrupados en torno suyo, saltan de sus lechos y tratan

de echar mano de sus armas, que no encuentran. «Me habéis obligado, diceles Ascelín, á salir desterrado de esta ciudad; nosotros, á nuestra vez, os arrojamos de ella, pero de distinto modo, porque yo sigo siendo dueño de mí mismo al paso que vosotros pasaréis á poder de otro.» Carlos se lanza furiosamente contra el traidor; pero varios hombres armados le cogen, le echan sobre la cama y le impiden moverse, y se apoderan también de Arnoul, que había presenciado esta escena, presa de silencioso estupor. Luego los dos prisioneros son conducidos á una torre que se cierra con llave y á cuyas puertas se ponen centinelas. En el entretanto los gritos de las mujeres y los clamores de los niños y de los



Sello de la Comunidad de Laón

criados despiertan y conmueven á los habitantes de Laón; los partidarios de Carlos apresúranse á emprender la fuga, pero apenas tienen tiempo, pues Ascelín había mandado cerrar todas las puertas. Un hijo de Carlos, niño de dos años, con el mismo nombre que su padre, fué sustraído á las pesquisas y pudo salvarse del cautiverio (1).

Enterado del feliz éxito del complot, Hugo no se tomó más trabajo que acudir y apoderarse de su enemigo, á quien encerró en la torre de Orleans junto con su esposa, su hijo Luis y sus dos hijas (990). El pretendiente sobrevivió poco tiempo á su desgracia, puesto que murió en 992. Tres años después, su hijo Luis servía aún de pretexto para una intriga urdida entre el obispo de Laón y el conde de Blois para entregar la Francia á Otón III; pero el fracaso de esta nueva perfidia de Ascelín demostró la inutilidad de toda resistencia. Al fin era Hugo dueño de Laón y de la realeza y únicamente le faltaba quitar el arzobispado á Arnoul para dárselo á Gerberto. En 17 de junio de 991 los obispos de Francia se reunieron con el rey cerca de Reims, en la iglesia de Saint-Basle, para juzgar y condenar al arzobispo; la escena fué imponente: Arnoul confesó que había hecho traición á su soberano, y prosternándose ante los príncipes con los brazos en cruz, suplicóles llorando que le perdonaran la vida. Hicieronle levantar, y mientras con aire estúpido esperaba su deposición, preguntáronle si quería que ésta se hiciera con la solemnidad prescrita por los cánones, á lo cual con-

(1) Richer, I, IV, cap. XLVII.

testó que aceptaba lo que los obispos resolvieran. Entonces entregó al rey lo que de él había recibido, es decir, el bastón pastoral, y firmó un acta de abdicación en la que se reconocía indigno de las funciones episcopales y renunciando para siempre á ellas, acta que también firmaron los obispos presentes, añadiendo en alta voz: «Conforme con tu confesión y tu firma, deja de ejercer tu ministerio.» Hecho esto, relevóse al pueblo y al clero de Reims del juramento de fidelidad, á fin de que tuviesen el derecho de elegir otro obispo, habiendo recaído la elección en Gerberto.

La revolución estaba consumada y el triunfo de la raza de Roberto *el Fuerte* no ofrecía la menor duda;



Sello imperial de Otón III

pero el proceso de Arnoul había provocado una cuestión de interés más general, la de las relaciones de la nueva monarquía con la Iglesia. El papa, que había acogido sin desagrado el advenimiento de Hugo al poder, guardó silencio cuando el rey le pidió que fallase sobre la legitimidad de los actos del concilio de Saint-Basle, y más adelante negóse á sancionar la deposición de Arnoul y á reconocer la elección de Gerberto. La lucha sorda entre el rey y el papa había de durar hasta el final del reinado y fué uno de los episodios más salientes de la oposición hecha por el clero de Francia á las pretensiones de la potestad romana. Iríamos sin duda demasiado lejos si supusiéramos que Hugo Capeto tenía ideas perfectamente determinadas acerca de un problema tan grave; sin embargo, la actitud de Arnoul, obispo de Orleans (1), demostró que los prelados más fieles á la nueva dinastía fueron los mismos que en Saint-Basle sostuvieron con vehemencia lo que en los tiempos modernos se ha llamado la «tradición galicana.» En el período más agudo de la crisis, Hugo Capeto prohibió á sus obispos que fueran á Roma, á Aquisgrán y á Monzón, en donde se celebraban concilios favorables al papa, y retuvo prisionero á Arnoul, negándose hasta el último momento á abandonar, ante la voluntad de la curia, lo que estimaba como su derecho.

Detrás del papado encontraba el monarca al imperio alemán: el emperador, sucesor de Carlomagno, aspiraba

(1) Véase anteriormente, página 485.

á la monarquía de todo el Occidente, y el papa representaba como él el antiguo orden de cosas en Europa, la herencia del imperio romano, la aspiración al poder universal. A estas dos potencias oponíase la Francia feudal independiente, personificada en el jefe de la nueva dinastía; no eran sólo los señores «fieles» á Hugo Capeto los que impulsaban á éste á resistir al Imperio y al Papado, sino que además una gran parte de los obispos franceses parecían tener ya alguna idea de lo que, respecto de esto, exigía el interés de toda la nación.

En el siglo X, los arzobispos de Reims, y más que todos Adalberón, tendían con su política ambigua á hacer de su provincia un principado independiente bajo la protección de Germania; era, pues, preciso acabar con estas tentativas y con la especie de hegemonía que la dinastía de los emperadores sajones se había arrogado, sin ningún derecho, sobre el reino de Carlos *el Calvo*. La emperatriz Teofano, regente durante la menor edad de Otón III, había favorecido secretamente las intrigas de Arnoul y las pretensiones de Carlos de Lorena, y la presión que ejerció sobre la corte de Roma cuando los enviados del rey de Francia intimaron al papa que declarase su opinión acerca de la destitución de Arnoul, explica mejor que otra razón cualquiera por qué Juan XV se obstinó en no manifestar el parecer que se le exigía. La muerte de la emperatriz (991) y los trastornos en medio de los cuales se constituyó una nueva regencia evitaron quizá complicaciones mucho más graves.

Hugo Capeto se mostraba más independiente de Alemania como rey, de lo que lo había sido como duque. Bajo pretexto de pedir una princesa griega para su hijo Roberto, quiso, bien es verdad que sin ningún éxito, contraer con Constantinopla una alianza que habría podido aislar á los Otonidas y colocarlos entre dos peligros. «Nuestra unión, escribía al emperador Basilio II, si os place realizarla, os será muy provechosa y producirá grandes frutos, pues si ambos nos oponemos á ello, el Germano no insultará más las fronteras de la Galia ni las del imperio romano.» Según parece, nada intentó contra la Lorena, país que sus predecesores habían querido conquistar y al que no renunciarán sus sucesores; pero por lo menos hizo algunos esfuerzos para dejar sentir su influencia sobre el condado de Flandes, uno de los principados de Francia que se disputaban una y otra nacionalidad, habiéndose concertado un matrimonio político entre su hijo Roberto y Susana ó Rosala, hija del rey Berengario de Italia y viuda de Arnoul, conde de Flandes.

Salvo en lo que se refiere á las relaciones del reino con el imperio alemán, los cronistas han ignorado ó resumido de la manera más sumaria el final del reinado de Hugo Capeto (991-996), indicando vagamente que el rey y su hijo intervinieron, con ayuda de los normandos, en la lucha entablada á orillas del Loira entre el conde de Anjou y el conde de Blois, declarándose partidarios de Folco Nerra y obligando al adversario de éste, Eudo I, á pedir la paz. Laguna lamentable, porque á partir del momento en que, libre de todo competidor, llegó á ser verdaderamente rey de Francia, el Capeto varió, al parecer, de temperamento y dió pruebas de un sentido político y de una firmeza antes en él

desconocidas; el tiempo y, como sucede siempre en casos análogos, el tránsito de la oposición al poder habían hecho más prudente y juicioso al duque de los Francos. Bien mirado, este gran señor, cuyas personalidad física y vida íntima no conocemos, no fué una medianía, puesto que supo ocupar el puesto de los Carolingios, conservar lo que había tomado, mantenerse libre y digno enfrente del Papado y del Imperio, y transmitir su corona á su hijo (24 de octubre de 996) sin provocar grandes resistencias. En esta ocasión no todo fué obra de la ciega fortuna.

II.—Roberto el Piadoso (1)

Roberto II, el segundo Capeto, era un hombre alto, de hermosos cabellos, ojos dulces, nariz grande, boca graciosa, barba poblada y hombros un poco altos; así lo describe su capellán, el monje de Fleuri, Helgaud, añadiendo la siguiente extraña particularidad: «Cuando Roberto montaba á caballo, los dedos de los pies se le juntaban casi con el talón.»

Ese hijo de rey era más instruido que la mayoría de los laicos de su época: discípulo de Gerberto y alumno de la escuela de Reims, conocía el latín, que su padre ignoraba, gustaba de los libros y se los llevaba consigo en sus viajes. Tenía afición á los estudios teológicos, á la música y al canto, y acaso compuso, no las palabras, como se ha dicho con frecuencia, pero sí la melodía de ciertas plegarias de la Iglesia que están todavía en uso. Las cualidades del hombre privado, ensalzadas por Helgaud con tan candoroso entusiasmo, su afabilidad, su amor á los pobres y á los niños, su caridad, su humildad cristiana, su piedad ferviente, rayana en el fanatismo, y la pureza de sus costumbres, habían hecho de Roberto un clérigo excelente. Su biógrafo le atribuye milagros, y algunos historiadores posteriores han acogido la falsa especie de que realmente había en su juventud formado parte del clero y de que había sido incluido en el número de los santos.

Sin embargo, pecarían de exagerados los que consideraran al sucesor de Hugo Capeto como un simple monje. Richer afirma que se distinguía en el «arte militar,» y el mismo Helgaud deja á los historiadores del porvenir el cuidado de decir cuál fué su virtud en la guerra, los enemigos que venció y los honores que con su valor se conquistara.» Y en efecto, este monarca no se contentó con cantar en el coro, sino que guerreó, puso cerco á ciudades y hasta conquistó provincias enteras, no pudiendo echarse en cara otra cosa que el no haberse batido tan á menudo como exigían las circunstancias y el haber sido sobradamente aficionado á poner en movimiento á sus prelados y á sus fieles en vez de exhibirse personalmente. En bien de su reputación tuvo la desgracia de ser de carácter pacífico en una época y en un ambiente en que la espada hacía las veces de razón y la fuerza bruta de virtud. Y sin embargo, quiso la desgracia que la casa de este soberano devoto fuera todo lo contrario de un asilo de paz.

Su enlace con la flamenca Rosala, mayor que él, duró poco; un año después de verificado este matrimo-

(1) OBRAS DE CONSULTA.—Pflister, *Études sur le règne de Robert le Pieux*, 1885. Hirsch y Breslau, *Jahrbücher des deutschen Reichs unter Heinrich II*, 1862-1875.

nio de conveniencia, Roberto repudiaba á su esposa, pero conservaba su dote, Montreuil-sur-Mer, que era el único punto por donde los Capetos tenían acceso á la Mancha. Apenas libre, enamoróse Roberto apasionadamente de la viuda del conde de Blois, Berta (995); 995 pero como eran parientes en tercer grado y Roberto había sido padrino de bautismo de uno de los hijos de la condesa, su unión era imposible. Esto no obstante, á la muerte de Hugo Capeto el matrimonio se realizó, gracias á la complacencia de los obispos franceses y á pesar de la oposición del papa Gregorio V. Roberto, casándose con Berta, abandonaba la alianza de Anjou, en la que se había apoyado el primer Capeto, para abrazar los intereses de la casa de Blois, y lo que es más grave, hubo de ceder de una manera humillante en la cuestión



Sello de Roberto el Piadoso

del arzobispado de Reims, pues para conservar á la mujer á quien amaba tuvo que acceder á las reclamaciones del Papado, permitiendo que Arnoul, el ex arzobispo, saliera de la cárcel y recuperara el báculo, mientras Gerberto, desterrado, corría á buscar un refugio cerca de Otón III (997). Esto equivalía á anular las decisiones de Saint-Basle, condenar la política 997 de Hugo y entregar la iglesia de Francia al papa. Roberto no pudo, sin embargo, disfrutar de los beneficios que de su derrota esperaba, y sus complacencias con Roma no impidieron que fuera excomulgado por el mismo Gregorio V, cuyo apoyo había comprado á tan alto precio; el concilio romano de 998 condenó á una penitencia de siete años por «haberse casado con su pariente contra lo que las leyes disponían.»

Furioso al verse burlado, el piadoso rey resistió largo tiempo, reteniendo, á pesar de todos los anatemas, por espacio de cerca de cinco años á la mujer de quien querían separarlo, hasta que sea por escrúpulos de religión, sea por imposibilidad de prolongar la lucha, renunció, al parecer, á Berta, que no había dado heredero á la corona. Entonces escogió á una provenzala, Constanza, hija de Guillermo I, conde de Arlés, y de Adelaida de Anjou, mujer ambiciosa, ávida, de carácter áspero, que adquirió sobre su marido el ascendiente que toda naturaleza violenta ejerce sobre una naturaleza débil, y pobló el palacio capeto de aquitanos y de provenzales que escandalizaron á los hombres del Norte